

en la materia, para que ilustrasen al Gobierno sobre las ventajas que pudieran traer las fortificaciones de Barcelona en caso de una guerra extranjera; sería indispensable oír á las autoridades civiles que por su larga residencia en la capital del Principado hubiesen tenido ocasión de meditar repetidas veces sobre este negocio, á la vista de los mismos hechos que se les andaban ofreciendo; y sobre todo de la mayor importancia oír á la ciudad misma, á los propietarios, á los fabricantes, á los comerciantes, á los artesanos; explorar, en una palabra, por diferentes medios, la opinión y la voluntad de todas las clases, si quiera para saber á qué parte se inclinaria el instinto de la propia conservación, que no pocas veces es muy feliz y certero.

Sólo después de un prolijo y desinteresado examen se debiera tomar una resolución definitiva; porque el destruir obras de tanto valor, y cuya construcción creyó conveniente la sabiduría de los siglos pasados, es acto á que es preciso proceder con mucha cautela.

No obstante, si después de sometida la cuestión á juicio examen, resultase que el bien que dimanará de la destrucción es mayor que el que se obtiene con la conservación, parécenos que sería un escrúpulo indigno de hombres de gobierno el detenerse en la ejecución por no echar á perder, como suele decirse, una obra de tanto coste. Las fortificaciones no son monumentos artísticos: son objetos de utilidad; ó aprovechan, ó embarazan: este es el punto de vista bajo del cual deben ser consideradas; lo demás es un apego á lo existente que no justifican las miras de elevada política.

Por lo tocante á las ventajas que reportaría Barcelona del derribo de las muralias y de los fuertes, respectivamente al desarrollo de sus intereses materiales, es cosa tan evidente que podemos abstenernos de ocuparnos en demostrarla; baste decir que atendida su situación topográfica, la blandura de su clima, la belleza de sus alrededores, el espíritu industrial y mercantil de sus habitantes,

es probable que ensanchándose de repente la ciudad se uniría desde luego con Gracia, y en seguida con otros pueblos vecinos, convirtiéndose en el espacio de veinticinco años en una de las capitales más extendidas y más vistosas de Europa. ¿Le está reservado este porvenir? Creemos que sí, porque la cuestión de las murallas está ya casi resuelta. Derribada una parte de ellas y estropeada otra, es urgente el proceder á su reparación ó al ensanche: lo primero es difícil se realice; y cuando se haya convenido en ensanchar, será también muy difícil que en el nuevo recinto se levante una fortificación en regla. Se comenzará por levantar interinamente unas tapias, y se aplazará para tiempo indefinido la construcción de la nueva muralla.

Entre tanto los edificios irán ganando terreno, se alzarán otras fábricas al lado de las existentes, los intereses industriales fomentados cada día más, se atreverán á mayores exigencias, así la ciudad como los alrededores interpondrán su poderosa mediación para que no se realice el proyecto de encerrar de nuevo la población con otra línea de fortificaciones, hasta que al fin se abandonará semejante idea y se dejará que las cosas sigan su curso natural y poco menos que necesario. — *J. B.*

EL SOCIALISMO.

ARTÍCULO 2.º

TEORÍAS DE ROBERTO OWEN.

Expusimos en el artículo anterior el origen de las doctrinas trastornadoras de la sociedad que habían aparecido en este siglo. Allí fijamos su carácter é indicamos su ten-

dencia; advirtiendo las consecuencias trascendentales y funestas á que puede conducir la propagación de tan graves errores. Mas como quiera que en el lugar citado hablamos en general, y no nos era posible descender á pormenores, ni sobre los escritos de los socialistas, ni sobre los ensayos á que se han aventurado, lo haremos en los artículos sucesivos comenzando en el presente por el que sin duda es más digno de llamar la atención, aun cuando su nombre sea entre nosotros menos conocido que el de Saint-Simón y de Fourier.

Roberto Owen es á un tiempo teórico y práctico; distinguiéndose de los demás reformadores en que éstos comenzaron por excogitar teorías que luego se proponían poner en planta, y él principió por obrar; y de sus mismas obras recibió la inspiración de su teoría. Sin duda que ésta es altamente errada, extremadamente dañosa y disolvente; mas por lo mismo que sale de la boca de un hombre práctico, y que si bien ha caído en la manía de escribir mucho, no puede negársele que ha pasado gran parte de su vida en el ensayo de sus doctrinas, éstas son mucho más peligrosas dado que son más á propósito para seducir en este siglo que tanto se precia de amante de los hechos.

Roberto Owen comienza por declarar errados y dañosos todos los sistemas sociales que han existido hasta el día de hoy. En su célebre *Manifiesto* publicado en Londres el 2 de Febrero de 1840, estampa sin rodeos ni embozo que el sistema de sociedad que ha prevalecido hasta nuestros días tiene su origen en nociones imaginarias salidas de un estado primitivo, grosero é inexperto del espíritu humano; añadiendo en seguida que «todas las circunstancias exteriores que rigen el mundo, son obra del hombre, y se resienten de estas nociones primitivas é imperfectas.» Mucha osadía es necesaria para condenar tan decisivamente todo lo que ha existido y existe; y revela ciertamente un orgullo desmesurado, la pretensión de dar á la sociedad una organización nueva y enteramente satisfactoria, cuando se supone que se la encuentra envuelta en un caos, de que no le

ha sido posible salir en todos los siglos anteriores. Mil veces se ha dicho que la organización social era susceptible de grandes mejoras; que había muchos bienes que producir y males que remediar; que la ignorancia, la malicia y las pasiones de los hombres alteraban la armonía que reinar debiera en el mundo, y que era muy importante el neutralizar por todos los medios posibles esa funesta influencia, en cuanto cabe, atendida la mísera condición de la prole de Adán. Pero Owen no se limitaba á deplorar los males que nadie niega, y antes de proponer el sistema con el cual intenta regenerar la sociedad, quiere dejar asentado que hasta él nada bueno se había hecho, y que no se tenían sino nociones imaginarias salidas de un estado de grosería é inexperiencia.

Según Owen los hechos prueban de una manera evidente á quien observe y reflexione, que esas nociones primitivas y groseras son erróneas de un modo lamentable; y que en las edades precedentes, las cuales pueden ser justamente llamadas el *período irracional de la existencia humana*, el hombre ha sido engañado con respecto á su propia naturaleza, y conducido á ser el más imperfecto é inconsecuente de todos los seres. Esta expresión del *período irracional de la existencia humana* es sobre manera peregrina; mayormente cuando veremos en lo sucesivo que el juez que se atreve á pronunciar un fallo tan severo establece doctrinas degradantes que sin duda acarrearían un período irracional de la existencia humana, si posible fuera que llegasen á realizarse.

Y ¿en qué funda el orgulloso filósofo esta condenación en que envuelve á la humanidad entera? ¿Ha descubierto por ventura algún hecho desconocido? ¿Ha levantado el velo que cubriera algún arcano, ó puede alegar alguna cosa de que no tuvieran noticia los que hasta aquí han meditado sobre el destino del humano linaje? Nó ciertamente: sólo que según él la historia de la raza humana demuestra invenciblemente el estado grosero del espíritu humano, y cada una de sus páginas contribuye á establecer con porme-

nores lo insensato é irracional de su tendencia. ¿Así se borrarán de una plumada los siglos de Pericles, de Augusto, de León X, de Luis XIV? ¿Así se desprecian las glorias del presente, declarando al espíritu humano grosero, insensato é irracional, cuando se imaginaba poder lisonjearse de su desarrollo, adelantos y espléndida cultura? «Esta historia, dice Owen, ha sido una serie de guerras, de pillaje, de degüellos, de divisiones interminables, de mutua oposición á un estado de paz y de felicidad; un largo período en el cual cada uno ha estado en lucha con todos y todos con cada uno; principio de conducta admirablemente calculado para producir la menor prosperidad y la mayor miseria posible.» En estas palabras del reformador hallamos el origen de sus extravíos, origen que consignamos ya en el artículo precedente: la vista de las calamidades que han afligido y afligen al género humano.

Si bien se observa este es el punto de partida de todos los errores en esta materia; hombres que no profesan ningún principio de religión, que no llevan en cuenta las tradiciones antiguas, que no hacen caso de las creencias de los pueblos sobre la existencia de un trastorno primitivo, fijan su mirada sobre la triste condición que cabe á los hombres en esta tierra de infortunio. ¿Dónde está la justicia? preguntan entonces. ¿Dónde la equidad? ¿Cómo es que esa débil criatura haya de ser víctima de tantos padecimientos? Y faltos de la luz de la fe, empeñados en no aclarar su filosofía con los resplandores que la revelación puede prestarles, aun cuando no la acataran como obra divina, se pierden en sus vanos pensamientos, los unos negando á Dios, los otros blasfemando de la Providencia, estos acusando á la humanidad entera, aquellos echando la culpa á la superstición y al fanatismo; en una palabra, divagando en todos sentidos en busca de una verdad, que si la buscasen con corazón recto é intención pura, la encontrarían consignada en la enseñanza del cristianismo.

Que se agiten en insensatas teorías, que excogiten extravagantes sistemas, sólo la religión cristiana ha dado la

clave para explicar los misterios del hombre y de la humanidad: no hay otro fundamento que el que ella ha puesto, no sólo para levantar el edificio religioso, pero ni siquiera para formar un cuerpo de ciencia. El hombre sin la luz de la revelación es un caos; y si se resiste á creer los misterios porque le son incomprensibles, no advierte que se priva de la comprensión de uno de ellos, el más importante y más allegado, nada menos que él mismo.

Es bien extraño que Owen declare grosero el espíritu humano en todos los siglos y bajo todos los sistemas que nos han precedido, afirmando que el principio de conducta de la humanidad fué el estar en lucha cada uno contra todos, y todos contra cada uno; sin recordar siquiera las máximas de caridad y fraternidad tan inculcadas por el cristianismo. Si Owen se hubiese limitado á decir que las pasiones oponen gravísimos obstáculos á la realización de esas máximas, y se hubiese lamentado de la ceguedad y malicia de los hombres en no querer escucharlas, impidiendo así el que la tierra se convierta en un paraíso, habrían estado de acuerdo con él todos los cristianos, y hubieran convenido en que era de la mayor importancia el trabajar de continuo para el planteo de instituciones donde los preceptos y consejos del Evangelio tengan una realización efectiva en beneficio de los necesitados y en consuelo de los infelices. Pero condenar todo lo que ha existido y existe sin excepción alguna, afirmar que todas las instituciones son emanaciones directas de los errores primitivos groseros y graves de nuestros antepasados, tratar de una manera tan insultante todos los principios y sistemas que hasta el presente han regido las sociedades, no era muy á propósito para atraerse prosélitos entre las personas sensatas, antes sí muy conducente á irritar los ánimos, cuando no por otra razón, siquiera por lo lastimado que debía sentirse el amor propio de cuantos tomaron parte en las instituciones que tan altamente se despreciaban.

En lugar de un sistema de ignorancia profunda, que fuerza al hombre desde su niñez á ser irracional, incon-

secuente é incompetente para juzgar sus errores más notables, tanto en su espíritu como en su conducta, asegúranos Owen que va á proponer á todos los pueblos del globo otro sistema social, enteramente nuevo, fundado sobre los principios nacidos de los hechos invariables, y en perfecta armonía con las leyes de la naturaleza: sistema en que cada uno adquirirá la asistencia de todos, y todos la asistencia de cada uno; principio admirablemente calculado para producir la mayor prosperidad y la menor miseria posible.

Este sistema opuesto totalmente al pasado y al actual, realizará sobre la tierra los mayores prodigios; pues que creará un *nuevo-espíritu y una nueva voluntad en todo el género humano*, y nos conducirá á todos por una *necesidad irresistible* á ser consecuentes, racionales, sanos de juicio, y prudentes en la conducta. Hasta aquí se había tenido como una inmensa ventaja el allanar á los hombres el camino de la virtud, el lograr que, usando bien de su libre albedrío, observasen una conducta juiciosa y prudente; mas con el sistema de Owen se habrá verificado en nuestra naturaleza una mudanza tan profunda, será tal el milagro de la creación de un nuevo espíritu y de una nueva voluntad, que no sólo seremos racionales, consecuentes y observantes de una conducta juiciosa, sino que no podremos menos de hacerlo así, pues que todos seremos llevados á ello con necesidad irresistible. Jamás hombre alguno prometiera más beneficios á la humanidad; jamás se ofreciera á ésta más lisonjera perspectiva; jamás se pronunciaron palabras que pudiesen embriagarnos de igual gozo y esperanza, si desgraciadamente la misma exageración no nos pusiese de bulto el engaño, si no viéramos que se nos quiere regenerar, y se comienza por despojarnos de nuestro libre albedrío, pretendiendo conducirnos al bien por una necesidad irresistible.

Y no se crea que Owen hable conjeturando, y no con entera seguridad de los resultados del sistema que se propone realizar: él abrirá al hombre los ojos sobre la degra-

dación presente y pasada de la razón humana, sobre la demencia y absurdidad de nuestras instituciones, sobre la imperiosa necesidad en que nos hallamos de reemplazarlas con otras basadas sobre hechos comunes y en armonía con nuestra naturaleza. Por lo tocante á las dudas que pudiesen ocurrir sobre esas instituciones, sobre los hechos conocidos y la armonía con nuestra naturaleza, hay señales tan características que con ellas *todo* hombre puede distinguir la verdad del error.

Cuando se haya realizado el prodigioso sistema, se pondrá fin á la ignorancia humana, se detendrán los progresos del pauperismo, se le imposibilitará de volver á presentarse, se destruirán las diversas supersticiones que reinan sobre el globo y se alejarán las causas que hasta aquí han dividido á los hombres ya en hechos ya en intención, y se alcanzará una abundancia inagotable de todo lo necesario á la vida y á los placeres; la penosa tarea de productor que tantos sudores nos cuesta se nos hará más agradable y más fácil.

¿Y por ventura será necesario esperar muchos siglos para disfrutar de resultados tan halagüeños? ¿El sistema de Owen se parecerá tal vez á todos los grandes pensamientos que han producido á la humanidad algún beneficio de importancia, los cuales han necesitado mucho tiempo para desarrollar los provechosos gérmenes que encerraban en su seno, arraigándose con lentitud, como suele hacerlo todo lo que ha de durar por espacio muy dilatado? Nada de eso: M. Owen conocía muy bien que para herir vivamente las imaginaciones y arrastrar numerosos prosélitos, convenía no aplazar para mucho tiempo después el coger el fruto de lo que se sembrase: así es que no tiene reparo en asegurar que su sistema, ya desde el primer año de su adopción, producirá sobre la tierra más bienestar, más comodidades y más moralidad, que no nos ha traído el antiguo en tantos siglos como lleva de existencia, y que no podrá traernos jamás.

Creerán los lectores que una mudanza tan radical no

podrá efectuarse sin revoluciones sangrientas; que será preciso inundar el mundo en un piélago de sangre y de lágrimas, para que salga más radiante y puro, más lleno de prosperidad y ventura; que á la manera de las revoluciones que se han visto hasta ahora, la humanidad no alcanzará el bien, sino soportando grandes males; que no tendrá la dicha sino después de haber agotado la copa del infortunio; que no llegará á la tierra de promisión sino después de haber divagado largos años por los arenales del desierto. Nada de eso tampoco: el sistema de M. Owen, según nos asegura él mismo, efectuará todas estas reformas tan radicales, con calma, con tranquilidad, gradualmente y bajo el imperio de un orden tal, que nadie tendrá que sufrir el menor perjuicio en sus intereses morales y materiales; antes al contrario, en todo lugar y en todo país, todos los hombres experimentarán con la mudanza una satisfacción y un beneficio.

Ciertamente que no se le puede exigir más al bondadoso reformador: cambiar la faz del mundo, destruyendo radicalmente el sistema que le gobierna y substituyéndole otro enteramente nuevo; crear un nuevo espíritu, una nueva voluntad; conducir á todos los hombres á la razón, á la observancia de una conducta juiciosa; extirpar todos los gérmenes de división, hacer que todos vivamos en amable paz y fraternidad, desterrar la ignorancia y ahuyentar el pauperismo, haciendo imposible su vuelta; adquirir á todos la asistencia de cada uno, y á cada uno la asistencia de todos, y para colmo de dicha, atraer sobre la tierra inagotable abundancia de todo lo necesario á la vida y á los placeres, y conseguir tal cúmulo de bienes sin causar el menor daño á los intereses morales y materiales de nadie, sin hacer experimentar la menor desazón, antes causando á todos satisfacción y beneficios, y esto sin excepción alguna de países ni lugares, es lo que se llama un sistema completo, es el descubrimiento de la piedra filosofal, es dar un mentis á lo que suele decirse de que en esta tierra malaventurada andan los provechos revueltos con los da-

ños, los goces con los dolores, la risa con el llanto; es resolver cumplidamente el problema social con una perfección que jamás pudiera caber en la más poética fantasía. La humanidad debe regocijarse con la esperanza de ese tiempo bienaventurado; sólo los amantes de lo melancólico, los aficionados á la tragedia, los que se complacen en dramas que hacen derramar abundantes lágrimas, entristeciendo dulcemente el corazón, tienen que quejarse del sistema de Owen. Con la creación del nuevo espíritu y de la nueva voluntad, se cegarán algunas fuentes de literatura y de artes: desde entonces no se conocerá más que lo bello y lo agradable, nada que cause horror, nada que hiera los sentimientos, nada que pueda perturbar aquella paz, aquella tranquilidad, aquella apacible bonanza de que disfrutará el humano linaje. El siglo de oro de los antiguos poetas nada tiene que ver con lo que se nos promete seriamente desde Londres en 1840: los manantiales de leche, los árboles sudando sabrosa miel, el corde-rillo jugueteando con el león, la hiena llevando sobre sus espaldas al tierno niño, los campos abriendo su fecundo seno para regalarnos con toda especie de frutos, hechizando nuestra vista con varios y hermosos colores, y recreando nuestro olfato con apacibles y exquisitos aromas, pueden dar apenas una escasa idea de lo que será el mundo cuando se resuelva á escuchar las palabras y aceptar los favores con que le brinda el fabricante inglés.

Un punto quedaba capaz de turbar los ánimos y de retraerlos de prestar oído á los consejos de Owen, y era el haber dicho que con su sistema se destruirían las diversas supersticiones que reinaban sobre el globo. Las conciencias tenían sin duda de qué alarmarse viendo que tan sin rodeos se condenaban todos los sistemas antiguos, en los cuales iban envueltas todas las religiones. En esta parte no le es posible á M. Owen dar explicaciones cumplidamente satisfactorias, á no ser que consienta en dar por el pie á su propia obra admitiendo que antes de él hubo quien tuviese sobre la humanidad ideas razonables. Como él es-

triba en el supuesto de que hasta su aparición el espíritu humano ha vivido en un estado grosero é irracional, no le es dado reconocer que ninguno de los fundadores de las religiones hubiese acertado en el verdadero sistema; así es que no puede transigir en lo tocante á la necesidad de destruir lentamente todas las supersticiones que dominan en el globo. Mas con la mira de que no se alarmasen los tímidos recelando que no sobrevinieran violencias y persecuciones, asegura M. Owen que por consideración á los errores del antiguo estado social y no herir de ninguna manera las conciencias, el nuevo sistema arreglará las cosas de tal suerte que las viejas supersticiones de cada pueblo mueran de muerte natural, lográndose esto con los menores inconvenientes posibles para los individuos que las profesan, y con el mayor respeto á las flaquezas humanas. Por lo demás, añade, que siendo los dos sistemas enteramente distintos, es claro no ser posible la fusión entre ellos, ni aun en el período en que el uno absorberá al otro. El nuevo, como que estará basado sobre la verdad, no admitirá decepciones en la vida pública ni privada, ni entre los individuos ni entre los pueblos; dejando al viejo, que está fundado sobre el error, el que se defienda con la ayuda de sutilezas y mentiras.

El fundador del nuevo sistema ofrece una garantía de que puede realizar lo que promete, en que pasó el primer período de su vida ocupado en la industria, en que es un hombre de negocios, de orden y de experiencia, y que las instituciones que ha excogitado fundadas sobre los principios de nuestra naturaleza y en armonía con ellos, le han sido inspiradas por el conocimiento práctico de las cosas.

No teme el autor de tantas maravillas las dificultades que puedan ofrecerle los hombres inteligentes en la materia; pues que afirma que sus instituciones nuevas, á pesar de la extraordinaria combinación que encierran, organizarán las cosas de manera que toda la raza humana reciba en premio de su trabajo ventajas cien veces más grandes que

las proporcionadas por el antiguo sistema á ningún individuo, esos planes inauditos hasta el día de hoy, esas combinaciones que deben formar un nuevo mundo moral y dar al hombre un carácter racional, están prontos á sufrir el examen de los más sabios, más prácticos, más experimentados en los cuatro ramos esenciales de la vida humana, que son: 1.º la producción de las riquezas: 2.º la distribución de ellas: 3.º la formación del carácter humano desde la niñez: 4.º el establecimiento de un gobierno local y general.

El inventor se lisonjea de que se aproxima la época de la realización de sus grandes designios, de la destrucción entera y pacífica del inmoral sistema que ha regido hasta ahora, y cree ver una señal que anuncia la cercanía de la innovación, en la *consternación* de los hombres que se imaginan tener un interés material en la conservación del antiguo estado de cosas. Según él, esto indica que ha sonado la hora de la transformación: la atención de los pueblos se siente llamada hacia tan importante objeto, y dirigen sus miradas á esa felicidad en que se interesan los presentes y los venideros.

¿Cuál será el sistema tan maravilloso, al cual prodiga su autor tan entusiastas elogios? ¿cuáles serán los medios que se propone emplear para conseguir tan estupendos resultados? ¿Le ha sido revelada quizás la naturaleza del espíritu humano de una manera desconocida hasta el presente? ¿Ha penetrado los arcanos del corazón descubriendo resortes de que no se tenía idea para obrar sobre él y producir efectos que nadie pudiera prometerse? Digna es ciertamente de examinarse esta cuestión, digno es el sistema de Owen de ser sometido á discusión rigurosa, mayormente en la parte tocante á las teorías, con las cuales intenta corregir las ideas que según él habían sido hasta aquí falsas y groseras, teniendo el espíritu humano en un estado irracional del que salían como de la caja de Pandora los males que han afligido la tierra.— J. B.